



Sombras y luces

historia de una vida

MARIE-JOSÉ LOPEZ HERNANDEZ

Edición de José Ignacio Monteagudo Robledo

Sombras y luces

historia de una vida

MARIE-JOSÉ LOPEZ HERNANDEZ

Sombras y luces

historia de una vida

Estudio introductorio, traducción y notas
JOSÉ IGNACIO MONTEAGUDO ROBLEDO

Prólogo
JUAN ANDRÉS BLANCO RODRÍGUEZ



CENTRO DE ESTUDIOS
DE LA EMIGRACIÓN
CASTELLANA Y LEONESA

Zamora, 2019

© 2019 Marie-José Lopez Hernandez

© De esta edición, Centro de Estudios de la Emigración
Castellana y Leonesa. Uned Zamora

Este libro forma parte de los resultados del proyecto de I+D
*Las asociaciones en la emigración exterior española: del mutualismo
a las comunidades transnacionales y virtuales*, dentro del Programa
Estatual de Fomento de la Investigación Científica y Técnica
de Excelencia, subprograma Estatal de Generación del
Conocimiento, ref. HAR2015-65760-P (Ministerio de Ciencia,
Innovación y Universidades/FEDER, UE).

ISBN 978-84-09-17590-1
DL ZA 148-2019

Imprime: Gráficas Arttime

Prólogo

DENTRO DE LOS ESTUDIOS sobre la emigración, y específicamente la que afecta a Castilla y León, que inició a principios de los años 80 el Centro de la UNED de Zamora y que luego continuó el Centro de Estudios de la Emigración Castellana y Leonesa, nos hemos venido interesando por la memoria institucional, por el papel de las asociaciones que los emigrantes conformaron en sus lugares de destino, pero también, y de forma de cada vez más intensa, por la experiencia propia de los emigrantes, su memoria personal y familiar. Con el propósito de recuperar testimonios de esa experiencia migratoria se pusieron en marcha los Premios “Memoria de la emigración” (zamorana en un principio, castellana y leonesa poco después), mediante los cuales se ha constituido un riquísimo fondo con centenares de historias de vida, fotografías, cartas y documentos personales aportados por quienes emigraron y sus descendientes. Un número ya considerable de publicaciones recoge este importante legado memorial. No obstante, la labor del Centro no se agota en ese esfuerzo editorial: al margen de aquellas convocatorias de carácter popular y amplio alcance, pero con el mismo objetivo de recuperar y dar a conocer la experiencia vital de estos emigrantes en los lugares donde se afincaron, apoyamos la publicación de *Los castellanoleoneses de La Plata: memoria viva* y editamos *Zamoranos en Madrid: memoria oral y escrita de la emigración zamorana a Madrid en la segunda mitad del siglo XX*, obras que recogen, mediante entrevistas, los testimonios directos de los protagonistas, hasta ese momento “anónimos”, del fenómeno migratorio. No dejaron de interesarnos, asimismo, las trayectorias biográficas de individuos que por algún motivo tuvieron una notable relevancia en el seno de la comunidad castellana y leonesa en el exterior, como es el caso del que fuera

durante décadas presidente del Centro Castellano, de la Beneficencia Castellana y de la Colonia Zamorana en Cuba, Francisco Sánchez Tamame. Con la edición de sus memorias conseguimos dar a conocer una experiencia que, trascendiendo el ámbito familiar, resulta representativa de la actividad asociativa de aquellos que situaron su condición de desplazados en primer plano de la vida pública, aquellos a quienes el embajador de España en La Habana en 1931 consideraba “fundamentalmente emigrantes”.

En esa misma línea de divulgación de narraciones autobiográficas hemos publicado recientemente la de Pedro Blanco Sánchez, un emigrante de Ciudad Rodrigo que se asentó definitivamente en la ciudad brasileña de Santos, después de pasar un tiempo en São Paulo. Su recorrido vital, transmitido por su hija Esperança, refleja con nitidez los procesos de adaptación, integración y conformación de una nueva vida con no pocos riesgos, así como el resultado de una hibridación cultural que se nos muestra a través de la percepción de un descendiente directo. Casualidad o no, esa historia de vida tiene mucho que ver con la de Feliciano López que el lector tiene en sus manos. Procedentes ambos de la misma comarca salmantina, la necesidad de trabajo les obligó a desplazarse allende las fronteras, uno a Brasil, sin billete de vuelta, otro con varias estancias en Francia, con la posibilidad de regresar a su tierra natal, pero ambos dejando descendencia en sus países de acogida. Ambas narrativas nos ayudan a conocer mejor la experiencia laboral de los que no pudieron seguir siendo campesinos en la tierra que les vio nacer, tuvieron que adaptarse a otro entorno cultural y lingüístico, acomodando su identidad, aceptando retos y negociando su propia condición de emigrante. Todo ello probablemente al margen de aquellos conflictos identitarios que, a menudo, son más bien una proyección de los investigadores, o incluso de las administraciones de uno y otro lado, mientras las preocupaciones del propio emigrante parecen estar centradas en otros aspectos, si atendemos a los relatos biográficos. En cualquier caso, son textos que reflejan la riqueza vital de esa experiencia migratoria, con toda su complejidad, en la que sobresale una enorme capacidad de trabajo, de iniciativa y de adaptación a un entorno no siempre favorable. Pero, al mismo tiempo, dejan un rastro de los vínculos que se establecen entre los emigrantes, sus descendientes y el resto de grupos sociales con los que interactúan, tanto en los lugares de salida como en los de acogida. Y son historias humanas

que, a la postre, hacen aflorar de una manera palmaria las emociones y sentimientos que tales vínculos suscitan, una realidad que cuesta entender en estos momentos en los que la globalización ha hecho tan fácil la comunicación a distancia. En ese sentido, hay una importante diferencia cualitativa entre las circunstancias de la emigración a América y la que tuvo lugar, avanzado el siglo XX, a los países europeos, pues esta se beneficiaba de los avances tecnológicos en las comunicaciones y permitía retornos esporádicos, más o menos periódicos. Unas y otras circunstancias aparecen narradas en la historia que Marie-José López Hernández traza de sus parientes: desde las enormes dificultades para mantener los vínculos familiares para los que atravesaron el Atlántico, pertenecientes a las generaciones nacidas en el siglo XIX, a las facilidades para mantener una vida transnacional de las que han llegado al presente.

En cualquier caso, lo que se pone de relieve en este libro, como en los que le anteceden del fondo editorial del Centro de Estudios de la Emigración Castellana y Leonesa, es la existencia de unas formas de vinculación (entre personas, grupos y territorios) especialmente modeladas por el hecho migratorio. Esperemos que podamos continuar en esta línea de recuperación de la realidad migratoria en su dimensión más humana, más auténtica, dada la incuestionable trascendencia de la amplia movilidad que desde estas tierras se produjo, en distintas oleadas, tanto a América como a Europa, e incluso dentro de la propia España.

JUAN ANDRÉS BLANCO RODRÍGUEZ

Estudio introductorio

PRESENTACIÓN

Sombras y luces es “la historia de un hombre sencillo y bueno cuya infancia se vio reducida por la dureza de la vida en España a principios del siglo XX. Es la historia de un hombre valiente y con carácter decidido que consiguió sobrevivir varios años de guerra en África y de emigración al otro lado de los Pirineos. Es la historia de un hombre cuya tenacidad permitió que todo un pueblo se beneficiara de la electricidad varias décadas antes que los demás”. Con estas palabras se inicia el texto escrito y publicado¹ en francés por Marie-José Lopez, hija de Feliciano, aquel hombre que pasó por la vida dejando rastro únicamente en los recuerdos de quienes lo conocieron. Sobre ese armazón se yergue esta especie de biografía que trasciende lo individual, pues la vida del protagonista aparece entreverada con la de las personas que lo rodearon en España, Marruecos y Francia.

Se trata de una historia singular cuyos valores abarcan diversas perspectivas. En primer lugar, es un testimonio fidedigno (hasta donde alcanzan a serlo este tipo de narraciones) del paso por la historia de un conjunto de personas condenadas al anonimato por su extracción social: campesinos de la comarca de El Rebollar que, como tantos otros de las periferias ibéricas, se vieron forzados que emigrar. El protagonista, Feliciano, que vino al mundo en 1901, encarna una compleja trayectoria de idas y venidas que le permitieron acometer incipientemente la

¹ Marie-José Lopez Hernandez, *Ombres et lumières, l'histoire de sa vie*. Lyon, Éditions Baudelaire, 2018.



Localidades donde residió Feliciano.

producción de energía eléctrica en su localidad, una gesta que por sí sola justificaría el interés de la narración. Otros miembros de su familia experimentaron diferentes presiones migratorias, tanto en el interior peninsular como en el extranjero, fundamentalmente hacia Francia, por lo que se ofrece un rico muestrario de estrategias familiares de movilidad durante un arco temporal que abarca casi todo el siglo pasado. Un testimonio importante, por lo tanto, para la reconstrucción histórica de las migraciones desde los pueblos castellanos y leoneses, pero también para la historia local y comarcal, dada la riqueza descriptiva de las condiciones que provocaron el alejamiento de tantos salmantinos de su

tierra natal. En sentido estricto, no es la historia de un emigrante, ni la de un trabajador, ni la de un héroe anónimo, aunque tenga un poco de todas ellas. En palabras de la autora, “su historia también es la mía, la de mis hijos y nietos, y también la de Peñaparda”. De ella es el mérito de emprender un ejercicio de memoria familiar que culmina ahora con la traducción de su texto al español. Consideramos conveniente su publicación pues viene a incrementar, como una tesela importante del mosaico, el conjunto de historias de vida generadas o recuperadas por el Centro de Estudios de la Emigración Castellana y Leonesa, y nos parece asimismo oportuna en tanto que da continuación a la serie editorial iniciada recientemente con una obra² que también es fruto del esfuerzo de una hija por recuperar y transmitir la memoria personal de su padre³, en esa ocasión un mirobrigense que emigró a Brasil.

La autora, Marie-José Lopez, nació en plena posguerra española en la localidad salmantina de Peñaparda y allí residió hasta que, en 1960, emigró a Francia, país en el que su madre había estado de joven con su familia y donde su padre había pasado ya tres largas temporadas. A algunas de sus primas que habían seguido ese destino les había ido mejor, según contaban, y se habían quedado por la región de Borgoña, por lo que se decidió a ir para allá para trabajar en el cuidado de niños de familias acomodadas⁴. Las circunstancias eran propicias en aquella época, por lo que pudo ir construyendo buenas condiciones para vivir en el país vecino y, al contrario que sus padres, no se vio obligada retornar. Su trayectoria vital atraviesa modestamente el relato que presentamos y no está exenta de interés, pero Feliciano es, sin

² Esperança Blanco Capp, *Voando pelo passado nas asas do presente. Meu pai Pedro Blanco Sanchez (Volando sobre el pasado con alas del presente. Mi padre Pedro Blanco Sánchez)*. Edición de Marília K. Cánovas y Juan Andrés Blanco. Zamora: UNED – Centro de Estudios de la Emigración Castellana y Leonesa, 2019.

³ Esta misma circunstancia se da en el relato de Sagrario Martín Abad “Mi padre, Fernando Martín: emigrante. Entre Quintanar de la Sierra y Stockach (1962-1987)”, ganador de la última convocatoria del certamen del Centro: Juan Andrés Blanco Rodríguez (ed.), *V Premio Memoria de la Emigración castellana y leonesa*. Zamora: Junta de Castilla y León, UNED Zamora, 2018, pp. 39-58.

⁴ Tuvo mejor suerte que la mayoría de sus conciudadanas, según numerosos testimonios. Véase Ana Fernández Asperilla, “Trayectorias laborales de las mujeres españolas emigradas en Francia”, en *Un siglo de inmigración española en Francia*. Vigo: Grupo de Comunicación Galicia en el Mundo, 2009, p. 65 y ss.

duda, el principal protagonista de esta obra. Un trabajador de la periferia montañosa castellana que, como tantos otros, se vio obligado a emigrar. El recuento de su vida que ha redactado póstumamente su hija comprende el siglo pasado casi por completo y bien podría leerse como una obra al mismo tiempo coral y autobiográfica, como en los mejores logros literarios de Günter Grass o de John Berger, porque en Feliciano se encarnaron muchas de las paradojas de la centuria: la llegada a los núcleos rurales de los adelantos técnicos urbanos y el ocaso de la vida campesina, el acceso a la enseñanza y la imposibilidad de aprovecharla para mejorar las condiciones de vida, el final del colonialismo regado con la sangre de los más humildes, guerras que empiezan cuando otras acaban, la emigración con sus idas y retornos condicionados por los vaivenes económicos, las enormes dificultades para la reagrupación familiar... Si al dejarnos llevar por la narración comprendemos⁵ la historia de este hombre y de quienes le rodearon, encontraremos mejores explicaciones a los problemas de nuestra historia reciente.

Incitaciones a la lectura

Tengo bien presente en la memoria la primera vez que leí esta obra, ya terminada en su versión original en francés pero aún inédita. Recuerdo perfectamente haberme sentido atrapado por sus frases cortas y directas, por el tono de cercanía, casi confidencial, de modo que página tras página, sin poder parar de leer, me fui convenciendo de que me enfrentaba a un texto excepcional. Todas mis predisposiciones para analizar relatos de este tipo iban saltando por los aires, lo que parecía ser una cosa se iba complicando hasta acabar siendo otra que se resistía a ser clasificada por un lector experimentado. Los propósitos de la autora se hacían explícitos en los primeros párrafos: escribir la historia de vida de su padre y de ese modo rendirle homenaje; significativamente, en ningún momento habla de "biografía", sino de "historia", como si el género biográfico estuviese reservado a escritores consagrados tratando de personas ilustres. En cualquier caso, la autora deja claro el compromiso de representar lo narrado de manera diferente a las obras

⁵ En el sentido spinoziano: "No lamentar, no reír, no detestar, sino comprender". Citado en Pierre Bourdieu, *La miseria del mundo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2007, p. 7.

de ficción, esto es, propone un contrato de lectura muy próximo de la escritura autobiográfica, un principio de veracidad basado en la narrativa testimonial. Los lectores aceptamos sin desconfiar que la Marie-José que aparece como autora de texto es una persona real que escribe con total sinceridad sobre sí misma, sobre lo que vivió, experimentó o presenció, y que es cierto lo que dice que le contaron. Aceptamos como lectores esa fidelidad en la representación de la realidad (histórica, social, biográfica) admitiendo las limitaciones de la escritura narrativa y, sobre todo, el filtro de la subjetividad. Ya antes de adentrarnos en el texto, nos interesaba mucho el asunto del relato, pero línea tras línea, párrafo tras párrafo, nos pareció igualmente interesante el mundo personal de la autora, un mundo que pretendía quedar muy al fondo, pero que no podía dejar de mostrarse a través de las palabras. Porque, al fin y al cabo, por más que Marie-José pretenda “prestar su voz” al protagonista del relato, a su padre, este apenas dejó palabras propias⁶. Leyendo las de su hija es como podemos saber de su paso por la vida, quién fue (un hombre modesto y silencioso que dejó huella en los corazones de quienes lo conocieron) y qué hizo, pero también conoceremos otras personas, entre las cuales la narradora, en tanto que artífice del relato, ocupa la posición principal.

Puesto que como lector anticipado me dirijo a otros lectores posibles, quisiera hacerles partícipes del placer estético que sentí al adentrarme en sus páginas, pues el interés por las peripecias de la narración se redoblaba con la gentileza de la escritura, dando como resultado un discurso entrañablemente humano. Para quien ha leído, y ha tenido que valorar, bastantes narraciones sobre emigración, esta es una obra especial, por sus cualidades estilísticas, incluso literarias; la autora se vuelca en una escritura ágil, directa, carente de artificiosidad, capaz de mantener vivo el deseo de continuar leyendo. El estilo sobrio y delicado y un tono de contenida emoción caracterizan un texto realmente interesante. Entre las infinitas maneras de abordarlo está, por supuesto, la de prescindir de todo preámbulo, pero para los que quieran contar con informaciones sobre los mundos personales y sociales referidos en la narración se han escrito estas páginas.

⁶ Sabemos que escribió bastantes cartas, sobre todo a su madre y su hermano, desde sus paraderos en Marruecos, durante la guerra del Rif, y después a su esposa desde Francia, pero lamentablemente no han llegado a nuestros días.

El deber de memoria

La enumeración de aciertos en la elaboración literaria de la obra debe comenzar por el título, *Sombras y luces: historia de una vida*, explícito en cuanto al contenido, una especie de biografía de Feliciano, seguida de una dicotomía alegórica que concentra lo que tuvo de singular aquella vida: por un lado, y como algo dado e inevitable, las sombras reales que envolvieron sus condiciones de vida en una aldea salmantina de comienzos de siglo, la penumbra material en la que se sumía la población cuando cesaban las labores del campo, las sombras postergación de los desposeídos, el silencio que los sometía al olvido; por otro lado, las luces, las metafóricas con las que, desde los tiempos de la Ilustración, nos referimos al conocimiento y al ansia de saber para dominar la naturaleza, pues aunque Peñaparda durante la infancia de Feliciano no dispusiera de luz eléctrica, tenía escuela, con un maestro que encendía la curiosidad de los muchachos. Esa fue la chispa que permitió vislumbrar la oscuridad como falta, como causa material del atraso y la postergación, una carencia que incidió dramáticamente en aquel chaval que mal podía recibir instrucción a la luz de las velas. Hacer llegar la energía eléctrica al pueblo se convirtió en su objetivo de juventud, y después se preocupará por mejorar y conservarla, por lo tanto ese ímpetu sirve de eje para orientar la narración. Porque no basta el conocimiento y el deseo para mejorar el mundo: para iluminar una población es preciso unir esfuerzos de personas y familias, son necesarios brazos que construyan la presa, hagan funcionar el generador, instalen los postes y tiendan los cables. Viene muy a cuento aquí el famoso poema de Bertolt Brecht⁷ que no me resisto a citar íntegramente:

Preguntas de un obrero ante un libro

Tebas, la de las Siete Puertas, ¿quién la construyó?
En los libros figuran los nombres de los reyes.
¿Arrastraron los reyes los grandes bloques de piedra?
Y Babilonia, destruida tantas veces,
¿quién la volvió a construir otras tantas? ¿En qué casas

⁷ Bertolt Brecht (1968 [1939]), *Poemas y canciones*. Madrid: Alianza. Versión de Jesús López Pacheco sobre la traducción de Vicente Romano.

de la dorada Lima vivían los obreros que la construyeron?
La noche en que fue terminada la Muralla china,
¿adónde fueron los albañiles? Roma la Grande
está llena de arcos de triunfo. ¿Quién los erigió?
¿Sobre quiénes triunfaron los Césares? Bizancio, tan cantada,
¿tenía sólo palacios para sus habitantes? Hasta en la fabulosa Atlántida,
la noche en que el mar se la tragaba, los habitantes clamaban
pidiendo ayuda a sus esclavos.
El joven Alejandro conquistó la India.
¿Él solo?
César venció a los galos.
¿No llevaba consigo ni siquiera un cocinero?
Felipe II lloró al hundirse
su flota. ¿No lloró nadie más?
Federico II venció la Guerra de los Siete Años.
¿Quién la venció, además?
Una victoria en cada página.
¿Quién cocinaba los banquetes de la victoria?
Un gran hombre cada diez años.
¿Quién pagaba sus gastos?
Una pregunta para cada historia.

En *Sombras y luces* no encontraremos respuesta a tantas preguntas, pero nos ofrece un excelente testimonio de los hombres y mujeres que con su esfuerzo construyeron para sus coetáneos y para sus descendientes un mundo mejor, con menos penalidades. Entre los que toman parte activa en la narración, Feliciano se erige como un héroe que merced a sus virtudes (tenacidad, entrega los demás, despreocupación por sí mismo) consigue una notable proeza: la electrificación anticipada de su pueblo. Para conseguir su objetivo cuenta con ayudantes (será fundamental el apoyo de los hermanos García⁸, propietarios del

⁸ Simón y Nicolás. La contribución de estos hermanos, y de Pedro García, hijo del último, en la gesta de la electrificación de Peñaparda tampoco ha tenido el reconocimiento que merece. Poco o nada queda del molino, que se reconvirtió en serrería cuando la corriente eléctrica comenzó a llegar desde los Saltos del Duero, ni se consiguió contactar con informante alguno en el exhaustivo trabajo de campo de Pedro Javier Cruz Sánchez, *Molinos tradicionales de la cuenca alta del río Águeda. Patrimonio histórico y etnográfico*. Madrid: Ministerio de Medio Ambiente y Medio Rural y Marino, 2011, p. 66.

molino reconvertido en fábrica de luz), pero apenas aparecen oponentes. Significativamente, no hay “malos” en la narración de Marie-José. El mal aparece despersonalizado, como efecto estructural de circunstancias exteriores: la pobreza, el atraso, la guerra, la posguerra, el hambre. Durante la guerra civil, solo cabía esperar: “la gente no hacía otra cosa, tan impotentes se veían para atisbar el futuro. Era como estar en una tormenta permanente con grandes nubarrones, esperando siempre a que el sol volviera”. La emigración se muestra también como fatalidad, menos naturalizada pero igualmente inevitable: “En esta comarca, donde no había industria y donde se vivía exclusivamente de la agricultura, las personas estaban cada vez más expuestas a graves desequilibrios sociales. [...] esa era la razón de la fuerte emigración de las poblaciones españolas de una región a otra, o a Francia, como fue el caso de la gente de nuestra comarca”. En cualquier caso, no se problematizan ni se aducen causas políticas a la falta de puestos de trabajo o al desigual desarrollo industrial. La ausencia en esta obra de cuestionamientos sobre los problemas sociales⁹ podría ser usada para reforzar las teorías que se acercan al determinismo de las estructuras socioeconómicas sobre la agencia individual, y servirían como muestras empíricas de los mecanismos de alienación de las clases subalternas. Pero esa no será más que una lectura posible, y el concepto de agencia, en cualquier caso, no es cuestionado a la luz de esta historia, puesto que en ella se cuentan decisiones individuales que contravienen las estrategias colectivas del grupo doméstico: emigrantes a América que no regresan o no dan noticias, por ejemplo. De hecho, la propia narradora habla claramente de las decisiones que tomó por cuenta propia y que podían haber afectado al núcleo familiar, haciéndonos partícipes así de su perplejidad por haber sido feliz en una época en la que el sufrimiento aquejaba a sus próximos. Quién sabe si ese sentimiento fue decisivo para que Mari-José comenzase a escribir esta historia y se empeñase con pasión en difundirla.

⁹ No puede esperarse un ejercicio de reflexividad teórica en este tipo de escritura memorial, si bien es frecuente que en determinados testimonios se esgriman argumentos políticos y sindicales, o de defensa de determinado grupo minoritario, cuando a los autores, por su trayectoria vital, les sea posible sostener un discurso militante. Este no es el caso, evidentemente.

La autora reconoce, casi al final de su obra, el sentido germinal de la memoria y su deseo de hacerla pública: "Si pensé en escribir este pequeño libro es porque quiero compartir con todos ustedes los recuerdos que he conseguido reunir". Coloca así en primer plano el valor de transmitir las experiencias más allá del entorno familiar. Pero unos párrafos antes ella había afirmado que su propósito era también "responder a preguntas que a veces me hace mi hijo". La transmisión intergeneracional de los recuerdos cobra todo el sentido de la escritura autobiográfica y memorial, desde la más elaborada a la más humilde, como se puede comprobar en multitud de testimonios de campesinos o de trabajadores, y no solo los más traumáticos como los de las víctimas de grandes crueldades en cárceles y campos de concentración, por ejemplo, sino también los que dan a conocer las penurias ligadas a la condición de emigrantes cuando esta supone, ante todo, una lucha incesante por la supervivencia. Tal como hemos podido comprobar en multitud de relatos de emigrantes castellanos y leoneses, la escritura memorial de la gente común pone al descubierto las heridas de la vida, y no sería justo pretender ignorarlas.

Debemos atribuir asimismo a la autora el mérito de articular sus recuerdos personales con los testimonios que ha podido recopilar para armar una historia rica y coherente, con su abuela, su madre y su tío como informantes principales, sin que falten otros parientes, amigos, vecinos y compañeros de Feliciano, además de todo lo que él le contó directamente, a pesar de su escasa locuacidad: "Mi padre me contaba esto con una mirada divertida y un toque nostálgico. No lo decía con claridad, pero yo lo conocía lo suficientemente bien como para detectar ese sentimiento en su mirada". Todos esos recuerdos, citados con el mayor cuidado, al estar encarnados en diferentes formas de mirar y de hablar, confieren al relato su carácter polifónico y lo descentran de lo que sería una perspectiva demasiado subjetiva. En otros momentos del texto se explicita el contexto de transmisión: "todas estas cosas, mi abuela me las contó cuando estábamos juntos durante las largas tardes de invierno", o cuando narra el encuentro casual con el hombre al que Feliciano había salvado la vida.

Se trata, en todo caso, de un ejercicio de transmisión de la memoria con dimensiones éticas: "Cuando mi abuela murió, le pregunté a mi padre: '¿Recuerdas lo que la abuela te dijo un día sobre seguir el camino correcto?'. Él respondió: 'Sí, lo recuerdo, y no lo olvidaré ja-

más. Ahora, eso es válido también para ti". He ahí la intención moral que se incrusta en la reproducción familiar, la necesidad de conservar determinados valores, como el de la honradez, tan importante en las clases subalternas.

El interés de la historia que Marie-José ha escrito, sin embargo, no se agota en sus dimensiones sociales, cívicas o éticas. Es una obra largamente meditada, escrita en primera persona, que suscita una lectura más psicológica. No tanto en la representación, por medio de la escritura, de la propia autora-narradora como sujeto individual, sino más bien en la conexión que desde esa posición subjetiva establece con el mundo y con los otros. Podría afirmarse que una clave importante para sacar provecho de este libro no hemos de buscarla en la imagen que ella da de sí misma, ni en la que da de su padre, sino en la relación que establecieron entre ellos, un vínculo que no se extinguió con la muerte de este, sino que permanece en la memoria y en la escritura.

LOS MUNDOS NARRADOS. ESCENARIOS DE LA EMIGRACIÓN Y DE LA GUERRA

Ya en el primer párrafo de la obra queda claro que la historia que se inicia es también la de Peñaparda, y lo es desde una perspectiva particular, con un uso muy limitado de la erudición y evitando incorporar al relato datos despersonalizados. Cuando la autora proporciona alguno, como la situación geográfica de la localidad, o la población que alcanzó durante la construcción del puente, es para explicar las consecuencias de la distancia, del medio físico o de las excepcionales obras públicas sobre sus habitantes, especialmente los protagonistas del relato. El pueblo es presentado como escenario, como espacio concreto donde se desarrolla la vida social. Por eso la autora se detiene en descripciones de carácter etnográfico que comprenden tanto la vida pastoril trashumante y la molinería, como la jovial vida cotidiana de los jóvenes, trastocada traumáticamente por el servicio militar, y se explaya en escenas tan significativas de la cultura tradicional de la zona como la celebración del Ofertorio, las noticias transmitidos por los copleros ciegos, la difusión en la plaza de letrillas conmemo-

rativas y, por supuesto, las veladas¹⁰ en torno al fuego de las noches de invierno, momentos privilegiados para la transmisión de la memoria familiar. En determinado momento, Peñaparda se convierte escenario espectacular de la modernización mediante la electrificación de sus calles y viviendas, o la llegada de la televisión, y en sus calles se padecen los efectos de la Guerra Civil, contemplados desde un punto de vista femenino, a través de los recuerdos transmitidos por su abuela, así como de la desgraciada posguerra, experimentada en carne propia durante la infancia: “Sí, he amado Peñaparda, un pueblo tan tranquilo, al menos en apariencia, donde las personas tenían el sol en sus corazones y donde la miseria generaba buena voluntad”, deja escrito Marie-José.

No obstante, Peñaparda es antes que nada un pueblo de emigrantes¹¹. Prácticamente todas las personas de las que se habla en el texto abandonaron al menos una vez el pueblo. En la primera generación, emigran solo los hombres y lo hacen hacia América; en la segunda, la de Feliciano, se dirigen a Europa, aprovechando vínculos de parentesco, con los varones haciendo de avanzadilla para el resto de la familia, que consigue reagruparse al instalarse allá, o bien retornar de forma ocasional o definitiva. La generación siguiente, mediada ya la centuria, sigue la estela transpirenaica pero da paso a las mujeres solteras, como la propia Marie-José. Los muchos peñapardinos que salieron para no regresar fueron vendiendo sus propiedades, salvo la casa familiar, a donde suelen volver para pasar las vacaciones, como puede comprobarse actualmente al recorrer sus calles en el mes de agosto y contar los vehículos estacionados con matrícula francesa.

No se libraron de la presión migratoria otros vecinos de Peñaparda, no mencionados la narración, que experimentaron en su trayectoria vital moviéndose coincidentes con las apuntadas para el grupo generacional de Feliciano, es decir nacidos a principios del siglo XX. De entre ellos, tenemos noticia de algunos intérpretes de la tradición oral, cuya capacidad para conservar y transmitir elementos muy carac-

¹⁰ Hemos traducido el término original *veillé* en su acepción más extendida en español, aunque la denominación local podría ser otra, posiblemente “serano”. Ver más adelante los criterios de edición.

¹¹ Dado el interés por el asunto migratorio, nos permitimos completar las referencias de la obra con datos procedentes de entrevistas a la autora y de otras fuentes.

terísticos de la cultura local y regional ha sido extensamente reconocida, y por ese motivo son de algún modo representantes de la misma. Es el caso de Gregoria Benito, *tía Gora*, famosa por sus interpretaciones blandiendo el pandero cuadrado, instrumento emblemático de la localidad¹². Según diversas fuentes¹³, la tía Gora, nacida en 1905, emigró a principios de los años 30 al sur de Francia y regresó cuatro años después para ayudar a su marido a las faenas del campo. Asimismo, el etnomusicólogo Gonzalo Pérez Trascasa, tras la entrevista realizada en Peñaparda el 28 de abril de 1986 a los intérpretes Máxima Ramos y Juan Hernández, anotó lo siguiente:

Máxima y Juan estuvieron trabajando juntos en Francia diez años (más o menos de 1925 a 1936). El Tío Juan tenía enemigos en Peñaparda y tuvo que quedarse en Francia durante toda la Guerra. Máxima se vino a España, ya casada y con dos hijos, y estuvo ocho meses sin recibir noticia de Juan. La primera carta que mandó Juan, y las siguientes también, las envió a casa del "Tío Tumbas", de Portugal. Máxima iba allí a que le leyeran las cartas. Juan volvió a España al acabar la Guerra. En Francia trabajó haciendo esteras, cortando leña, etc. Se cobraba poco y se trabajaba todo el día¹⁴.

Sin lugar a dudas, Peñaparda es uno de los municipios salmantinos con mayor pérdida poblacional por migración¹⁵ en la segunda mitad del siglo XX. Si en 1950 contaba con 1.953 habitantes, en 1985 solo quedaban 675, con un saldo migratorio de -1.941 personas (un 74,2% de la población potencial teórica, que tiene en cuenta el creci-

¹² Véase Raúl Benito Calzada, "El pandero cuadrado de Peñaparda. Estudio de su uso, particularidades y transmisión en el pueblo. La figura de la panderera". *El Filandar / O Fiadeiro. Publicação Ibérica de Antropologia e Culturas Populares*, 21, 2014-2015, pp. 27-49.

¹³ Informaciones aparecidas en prensa con motivo de su fallecimiento, a los 110 años.

¹⁴ Reproducido en María Dolores Pérez Rivera. *El repertorio vocal profano en Castilla y León a través del trabajo de campo realizado para elaborar los programas Raíces y El Candil de Radio Nacional de España. 1985-1994*. Tesis doctoral, USAL, 2015. Anexos, p. 87.

¹⁵ Las consecuencias del fenómeno se extienden a la actualidad. Según datos del PERE (Padrón de Españoles Residentes en el Extranjero), a finales de 2018 había 34.334 salmantinos de nacimiento viviendo fuera de España, sobre todo en Argentina (11.271). En Francia, el país europeo que más salmantinos acoge, viven aún 8.280, una "modesta" cantidad que refleja numerosos movimientos de retorno.

miento natural)¹⁶. En esta localidad se aprecian de forma particularmente intensa pautas migratorias que caracterizan a toda la comarca de El Rebollar, incluso de la provincia de Salamanca en su conjunto¹⁷, y en menor medida al territorio periférico de la cuenca del Duero, sobre la que se asienta la actual comunidad autónoma de Castilla y León.

Sobre las repercusiones que ha tenido, y sigue teniendo, la emigración internacional desde estas zonas no hay acuerdo unánime entre los científicos sociales. Encontramos diferencias que se sitúan entre dos polos de valoración, entre el pesimismo por el “vaciamiento” demográfico y un moderado entusiasmo por los nuevos usos dados a las aldeas de montaña. En el extremo de la desesperanza están los discursos expertos basados en proyecciones estadísticas que insisten en el peligro de despoblación de los núcleos rurales de la periferia montañosa regional y caracterizan el fenómeno migratorio como un problema gravísimo de carácter irreversible, como una especie de patología social. De los análisis catastrofistas son ejemplares las siguientes expresiones del geógrafo salmantino Eugenio García Zarza, para quien el “azote” de la emigración es consecuencia de una “psicosis colectiva” que produce un “fuerte sentimiento de marginación” y “complejo de frustración” dejando solo “campos yermos, familias rotas” en las aldeas salmantinas¹⁸. Esta visión ha sido matizada más recientemente por otros geógrafos, que sin abandonar el tono dramático utilizan una terminología más técnica: desarticulación poblacional, fracturas endógenas, estrangulamientos acumulativos causados por crisis demográficas...¹⁹. En agudo contraste con esas posiciones, el polo del

¹⁶ Eugenio García Zarza, “La emigración salmantina, 1950-1975. Causas, características y consecuencias (II)”. *Salamanca: Revista de Estudios*, 2, 1982, p. 186.

¹⁷ La emigración desde la provincia en este período puede ser considerada como “el acontecimiento más importante de la historia provincial salmantina desde la repoblación medieval, no solo en lo demográfico, sino también en lo económico y social, por las repercusiones que ha producido en todos estos campos”: Eugenio García Zarza, “La emigración salmantina, 1950-1975. Causas, características y consecuencias (I)”. *Salamanca: Revista de Estudios*, 1, 1982, p. 132.

¹⁸ Eugenio García Zarza, art. cit., pássim.

¹⁹ Conceptos manejados en diversos trabajos e intervenciones públicas por el catedrático emérito de Geografía en la Universidad de Salamanca Valentín Cabero Diéguez. Según este autor, la visión pesimista sobre las consecuencias de la despoblación cambió en los años 90 debido a las políticas de desarrollo rural regadas con fondos europeos.

optimismo se sustenta en observaciones empíricas atentas a la complejidad de las movilidades y las permanencias en los pueblos, así como a las transformaciones culturales que experimentan los grupos sociales que se asientan en ellos de manera cada vez menos permanente. Es el caso de las etnografías realizadas por antropólogos extranjeros en poblaciones rurales castellanas en los años de mayor afluencia migratoria hacia zonas urbanas de España y Europa: Michael Kenny en una aldea de la Sierra de Urbión en los años 50, José María Arguedas en Muga y Bermillo de Sayago (1958), Susan Tax Freeman en un pueblo soriano (1963), Ruth Behar en la comarca leonesa del Condado (1978), entre otros. El estadounidense Stanley Brandes realizó su trabajo de campo entre 1969 y 1970 en una localidad abulense característica de la agricultura y ganadería de montaña, análoga en muchos aspectos a Peñaparda pero situada en el radio de atracción de Madrid. Su estudio le permitió apreciar no pocas consecuencias positivas de las salidas y retornos de los paisanos, entre ellas la nivelación de las desigualdades sociales y el incremento de la prosperidad económica, lo que le permitió concluir que “el resultado directo de esta emigración en masa consistió en una revitalización y modernización de la aldea”²⁰. Pocos años más tarde, la antropóloga Marie-Jose Devillard pudo comprobar cómo en las comarcas salmantinas de Los Arribes del Duero y Campo de Vitigudino “la emigración posterior a 1960 ha trastocado la reproducción social [...], obligando así a una remodelación de la división tradicional del trabajo y de la cooperación”²¹.

Volviendo a Peñaparda, a pesar de tratarse de una localidad firmemente marcada por la emigración, no conocemos historias de vida que permitan aproximaciones cualitativas al fenómeno, puesto que no ha concurrido ningún relato en las diferentes convocatorias del Premio Memoria de la Emigración Castellana y Leonesa. Únicamente en la cuarta edición, en 2011, en la modalidad de colecciones de fotografías, participó una descendiente de peñapardinos que emigraron a Argentina en los años 20 y a Francia en los 50, siguiendo pautas muy

²⁰ Stanley Brandes, “El impacto de la emigración en una aldea de los montes de Castilla”, en William A. Douglass y Joseph B. Aceves, eds., *Los aspectos cambiantes de la España rural*. Barcelona: Barral, 1978, p. 35.

²¹ Marie-José Devillard, *De lo mío a lo de nadie: individualismo, colectivismo agrario y vida cotidiana*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas - Siglo XXI de España, 1993, p. 252.

semejantes a las de los parientes de Feliciano²². Gracias a la información facilitada por una generosa participante²³, Lucía Losada Chanca, sabemos que la primera generación de la familia Chanca-Pascual salió para Argentina hacia 1922 junto con otras dos familias de Peñaparda y se instalaron en la provincia de Buenos Aires para trabajar como jornaleros, pero hubieron de regresar en 1930. De la segunda generación, tres hermanos se desplazaron a Francia en la década de 1950. A uno de ellos, Cayetano Chanca, le acompañaba su esposa y se ocupó en trabajos agrícolas y forestales en distintas localidades del noroeste francés, pues salió de España sin contrato de trabajo y tardó bastante tiempo en regularizar su situación. Finalmente consiguió empleo en una fábrica metalúrgica en el departamento de Meurthe-et-Moselle y se volvió a España hacia 1966.

Argentina. Silencios, ausencias de una emigración fracasada

Sombras y luces incluye la relación de tres experiencias migratorias a América, si bien no ofrece demasiada información al respecto por carecer de datos fiables y por resultar periféricas respecto al núcleo de interés. El movimiento migratorio más lejano en el tiempo que se menciona es el del abuelo materno de la autora, Juan Hernández, que viaja

²² Los investigadores españoles que han analizado esos flujos ofrecen interpretaciones coherentes con los datos cualitativos de las historias de vida. La crisis económica que experimentó Argentina en el último decenio del siglo XIX desincentivó la inmigración masiva, pero esta no tardó en reactivarse. Como recoge Ricardo Robledo (*Historia de Salamanca V. Siglo XX*. Salamanca: Centro de Estudios Salmantinos, 2001, p. 48), la prensa local cifraba en 1906 en más de mil personas las que habían salido el año anterior desde la Sierra de Francia, “atribuyendo el hecho a la pérdida del viñedo y a la falta de jornales”. Para la emigración a Francia, por ejemplo, Juan Villar menciona la influencia de una política migratoria favorable que facilita el reagrupamiento familiar y el acceso a la nacionalidad por parte de los inmigrantes españoles, por lo que se mantiene una tasa migratoria muy elevada hasta 1980. Véase también Juan Bautista Vilar Ramírez “Las emigraciones españolas a Europa en el siglo XX: algunas cuestiones a debatir”, *Migraciones & Exilios*, 1, 2000, pp. 131-159.

²³ La ficha técnica de del conjunto fotográfico se publicó en Juan Andrés Blanco Rodríguez (ed.), *IV Premio Memoria de la emigración castellana y leonesa*, Zamora: UNED, 2013, pp. 800-201. Los archivos digitales con las imágenes y el texto descriptivo de Lucía Losada Chanca se encuentran en el DVD adjunto a la publicación impresa.

hacia Buenos Aires en 1910²⁴ pero regresa poco después, en 1912. Es de suponer que no encontró las condiciones que esperaba o se vio afectado por alguna de las crisis coyunturales²⁵. Lleva consigo a su primogénito, Emilio, que contaba entonces con dieciséis años. El joven Emilio Hernández, según contó su padre al regreso, había tomado la firme decisión de quedarse en Argentina por lo traumático que había sido el viaje de ida. Nada más se supo de él hasta pasados treinta años, cuando sus parientes españoles lograron saber que seguía viviendo en el país austral, donde se casó y tuvo cinco hijos. Al menos al principio, su oficio consistía en domar potros en la Pampa, extensa región que hasta 1930 vino a poblarse con elevados contingentes de españoles, entre los cuales fueron numerosos los que procedían de las comarcas salmantinas fronterizas con Portugal²⁶. Parece así confirmarse que el destino ocupacional de los que salieron desde El Rebollar no se encontraba en entornos urbanos, donde los emigrantes de la provincia pudieron

²⁴ La emigración hacia América desde esta zona, como de otras en España, es especialmente intensa desde 1904 hasta finales de los años 20, si bien el flujo hacia Argentina se había fortalecido al acabar el siglo XIX. Los motivos para emigrar no fueron únicamente económicos, aunque la búsqueda de ocupación parece ser determinante. Durante el primer tercio del siglo XX, en la provincia de Salamanca, junto con sus adyacentes del norte y del sur, las consecuencias de la reforma agraria liberal (adehesamiento, alza de los arrendamientos, pérdida del patrimonio comunal) produjeron una notoria concentración de la propiedad que estimularía la emigración de los menos favorecidos. Véase Juan Andrés Blanco Rodríguez y Sergio Riesco Roche, "La emigración exterior castellano-leonesa durante el siglo XX", en Juan Andrés Blanco Rodríguez (ed.), *Zamora y Castilla y León en las migraciones españolas*. Zamora: Diputación Provincial, UNED, Junta de Castilla y León, 2003, pp. 77 y ss.

²⁵ Siguió el derrotero de los numerosos migrantes españoles que fueron "expulsados por las dificultades de empleo que padecía la economía argentina desde 1912-1913, pero atraídos también por las oportunidades que la guerra deparaba momentáneamente en el viejo continente o en Cuba": Ricardo Robledo, "'Todo era América': Despoblación rural y políticas de inmigración (1850-1930)". *Mundo Agrario*, 10, 2010, p. 12.

²⁶ Los procedentes de la comarca de Ciudad Rodrigo suponían más de un tercio de los salmantinos, que a su vez era el origen provincial más numeroso entre los emigrantes españoles. Patricia Marenghi, "¿Por qué se fueron los emigrantes zamoranos y salmantinos a la Pampa argentina (1880-1930)", en Juan Andrés Blanco Rodríguez (ed.), *Zamora y Castilla y León en las migraciones españolas*. Zamora: Diputación Provincial, UNED, Junta de Castilla y León, 2003, pp. 135-204.

crean entidades asociativas tan importantes como el Centro Salmantino de Buenos Aires, sino en el campo, en respuesta a la demanda de mano de obra en la actividad agropecuaria extensiva.

Por otra parte, el padraastro de Feliciano, Agustín Alonso, emigró también a Argentina después de 1910 (ese año nació su hija María), dejando a su familia en Peñaparda. Desapareció por completo, pues ya no volvió a saber de él.

Por último, en los años 50, coincidiendo con el cambio de ciclo que dio origen al denominado “éxodo rural” desde las poblaciones del interior peninsular²⁷, emigraron a América del sur Araceli y su marido, que habían sido maestros de Peñaparda; su proyecto migratorio debió de tener éxito pues pudieron volver para contarlos bastantes años después.

En cualquier caso, Pañaparda no formó parte de las localidades salmantinas que a principios del siglo XX intentaron el traslado colectivo al país austral, cuyo caso más conocido es el de Boada.

Francia. La emigración posible

La primera migración transpirenaica mencionada en la narración es de 1922²⁸. Josefa, la futura esposa de Feliciano, viaja hacia Orleans con su padre, Juan Hernández, que como se ha dicho hacía diez años que había regresado de Argentina. Además de Josefa, lleva consigo a su hijo Pedro. Seguramente habría algún pariente instalado ya en aquella región. Según la narradora, su madre fue en aquel momento la primera chica soltera en salir del pueblo para ir al extranjero.

Poco después, en 1929, es Feliciano quien viaja por vez primera a Clemecy, pero el trabajo flojea y ha de regresar en 1932, con el compromiso de sus empleadores de ser reclutado de nuevo si cambian las circunstancias. Esto ocurre enseguida: le llaman en 1933 para reincor-

²⁷ Luis Camarero, “Trabajadores del campo y familias de la tierra. Instantáneas de la desagrarización”, *Ager. Revista de Estudios sobre Despoblación y Desarrollo Rural*, p 166.

²⁸ Precisamente en 1922 se alcanzaba el número máximo de emigrantes españoles a Francia antes de la Guerra Civil, con un cómputo de 46.635 entradas. Juan Bautista Vilar Ramírez, “Las emigraciones españolas a Europa en el siglo XX: algunas cuestiones a debatir”, *Migraciones & Exilios*, 1, 2000, pp. 131-159.



Vista del río Yonne a su paso por Clamecy en los primeros años del siglo XX. Tarjeta postal s/f.

porarse al mismo puesto; no vuelve a Peñaparda hasta 1938, en plena Guerra Civil y poco antes de iniciarse la II Guerra Mundial. Pasada esta, en 1957, Feliciano vuelve a emigrar a Francia, esta vez con su hijo Rafael, pero regresa, él solo, antes de 1960. Rafael se trasladará posteriormente a Orleans, donde trabajará intensamente hasta su regreso definitivo para instalarse en Ciudad Rodrigo. De las vivencias de Feliciano en Francia se da buena cuenta en el relato, a veces con resignación, pues no es posible eludir el drama del desarraigo y la separación familiar que experimentó nuestro protagonista, sin embargo la narradora tiene el acierto de tratar con mucha sensibilidad y cierto humor ciertos problemas, como la dificultad para entenderse por el desconocimiento del francés, que obligaba a llevar a la tienda los envases vacíos para solicitar los productos que pretendía comprar de nuevo, aunque “por desgracia, esa falta de vocabulario les obligaba a comer casi siempre lo mismo”.

Antes de continuar comentando los posteriores movimientos migratorios a Francia de la familia, me parece oportuno incluir unas someras informaciones sobre los lugares de acogida de Feliciano y sus parientes, así como un testimonio sobre las condiciones en que hubieron de trabajar los que les antecedieron.



Cruce de calles en Clamecy a comienzos del siglo XX. Tarjeta postal s/f.

La Borgoña: un medio semejante. Idas y venidas, vínculos familiares

Clamecy está situada en el departamento de la Nièvre, al norte de la región de Borgoña. En la zona oriental se encuentra el Morvan, zona alta y boscosa que actualmente acoge un parque natural. El carácter montañoso de la región propiciaba la explotación maderera y requería gran cantidad de mano de obra, especialmente de leñadores²⁹. La afinidad ecológica explica la afluencia de inmigrantes desde El Rebollar, caracterizada por sus bosques de roble en la sierra (la repoblación con coníferas en esa comarca fue posterior) y encinares en el llano. La economía de Clamecy dependía de la explotación forestal y el transporte fluvial de los troncos por flotación; la almadía era una actividad tradicional que aún hoy se recrea en una festividad específica. A finales del siglo XIX, aquel sistema de transporte fue siendo sustituido por los

²⁹ Sobre los problemas para investigar el empleo masivo de españoles y portugueses como leñadores desde la Primera Guerra Mundial hasta 1960, en particular la desaparición de archivos de empresa, Pierre-Jacques Derainne, "Histoire et mémoire des étrangers en Bourgogne aux XIX^e et XX^e siècles", *Hommes et Migrations*, 1278, 2009, pp. 125 y ss.



Carga y descarga de troncos en Morvan. Eran apilados junto al bosque para trasladarlos en carros tirados por bueyes hasta la orilla del Yonne, desde donde continuaban su trayecto por flotación. Tarjetas postales s/f.

medios de locomoción basados en la máquina de vapor, y ya entrado el siglo XX se creó una importante factoría de aprovechamiento de masa forestal y de explotación de productos químicos derivados, la Société des Produits Chimiques de Clamecy, que en los años 50 daba empleo a casi mil trabajadores³⁰. En la década del 60, la competencia del petróleo hizo declinar ese tipo de industria, de la cual hoy solo queda una modesta factoría, heredera de la Société pero actualmente integrada en un grupo multinacional.

A partir de documentación empresarial de varias décadas, el historiador Pierre-Jacques Derainne nos ofrece un muy valioso testimonio sobre el modo de proceder en la contratación y la movilidad de los leñadores españoles, que constituían un grupo importante entre los inmigrantes de Borgoña desde el final de la I Guerra Mundial:

“Las agencias de empleo a menudo rechazaban la contratación de madereros españoles, pero esta migración continuaba de todas formas: en 1936, una docena de ellos fueron autorizados por la Prefectura de Côte-d’Or para ir a Montbard a trabajar con los operadores Naudot y Richard. Los leñadores españoles se mueven por Borgoña en cuadrillas, compuestas a menudo por un grupo de hermanos, o una pareja con sus

³⁰ Según Marie-José y su esposo, en torno a 1952 llegaron a salir de Peñaparda dos autocares semanales con las familias que se habían apuntado para salir del pueblo. Allí firmaban los contratos enviados por la empresa y gestionados por el Gobierno de España.



Descarga y apilamiento de troncos en Le Chatelet (Morvan). Tarjeta postal s/f.



Almuerzo de familia de leñadores en Clamecy. Tarjeta postal s/f.

ayudantes, generalmente cortando madera durante algunos meses. En enero de 1929, cinco hombres de Peñaparda, cerca de la frontera portuguesa, llegaron a Gacogne, en el Morvan; en abril van a Arrans, en Côte-d'Or, contratados por un tal Hernández, de donde salen a mediados de marzo. Entre ellos, cuatro miembros de la misma familia, incluidos tres de 46 y 47 años"³¹.

Los documentos manejados por este investigador podrían confirmar la presencia de parientes de Feliciano en esos parajes, puesto que Marie-José nos cuenta que en 1933 su tía paterna, María, había emigrado a Bogoña junto con su marido, si bien regresaron en 1936. En 1952 la familia vuelve a trasladarse, con cinco hijos, ya definitivamente a Clamecy. Ese mismo año de 1952 también sale con el mismo destino la familia de Julien, el futuro marido de Marie-José. Viaja con sus padres y sus tres hermanos para trabajar como leñadores, en las mismas condiciones que Derainne había descrito para los contratados por el tal Hernández en 1929, pues Julien y su hermano ayudaban al padre en la tala de árboles con el sierro, el hacha y la sierra, siempre fuera del horario escolar, pues la asistencia era obligatoria.

³¹ Pierre-Jacques Derainne, *Histoire et mémoire des immigrations en région Bourgogne*. Informe de investigación. Dijon: Maison des Sciences de l'Homme, Université de Bourgogne, 2008, p. 101. El contratador apellidado Hernández había conseguido previamente permiso para gestionar la explotación forestal de Montlay-en-Auxois, en el departamento de Côte-d'Or.

De todas formas, el proceso migratorio mejor descrito es el que narra la propia Mari-José en primera persona. En 1960 sale de Peñaparda, junto con otra familia del pueblo, hacia Clamecy, en principio para pasar solo una temporada como *au pair*. En uno de los pasajes más entrañables del relato, la autora describe el choque cultural que experimentó al incorporarse a su trabajo sin saber nada de la lengua francesa. A partir de ese momento, inevitablemente dramático, se suceden episodios más amenos de adaptación a una nueva vida, tan diferente muchos sentidos, sobre todo por la inmersión en un ambiente doméstico de la alta y media burguesía. De Clamecy se trasladaría a una localidad cercana, Châtel-Censoir, donde vivía su prima, para seguir trabajando como interna en el servicio doméstico, pero ya como ama de llaves. Desde allí viajaba con frecuencia a París, consiguió mejorar su dominio del francés y se socializó con las jóvenes de su edad. Durante “aquellos hermosos años” fue desechando la idea de retornar, sobre todo cuando conoció a los padres de Julien, residentes en el Morvan, que eran parientes lejanos y procedían también de Peñaparda. Tras dos años de noviazgo, se casaron en 1965 y continuaron su vida familiar en Francia.

Este recorrido por los espacios representados en el texto nos permite poner nombres y apellidos a las personas que de forma anónima nutren las estadísticas sobre movimientos migratorios, corroborando empíricamente casos representativos de algunas pautas y tendencias, concretamente las movibilidades hacia el continente americano desde finales del siglo XIX hasta las primeras décadas del XX, la disminución de los flujos hasta el final de la guerra civil y la fuerte atracción de los países centroeuropeos en los 50. El relato incluye también un episodio sobre un grupo de jóvenes españoles que iban a trabajar a Alemania, con los cuales coincidió en el tren Marie-José cuando emigró a Francia, en 1960. Según su testimonio, debido a su comportamiento incívico, no consiguieron pasar de Burdeos.

África: la pesadilla del servicio militar

Feliciano deseaba librarse del fatídico servicio militar de la época ante la posibilidad de tener que ir a la guerra en África, aunque le gustaría prestarlo en otro destino, pues era condición imprescindible para aban-

donar el pueblo (la legislación prohibía emigrar a los jóvenes antes del servicio militar). El sorteo le resultó favorable y todos pensaron que se libraría, pero “por múltiples exenciones consecutivas obtenidas con el dinero de notables” hubo de aceptar el peor de los destinos y en la primavera de 1922 se incorpora al frente marroquí. La guerra del Rif o Segunda Guerra de Marruecos está en su punto álgido, humeante aún el Desastre de Annual. La autora se recrea especialmente en explicar el contexto de un acontecimiento de tamaño trascendencia y nos cuenta los padecimientos de Feliciano en el frente, su gesto de heroísmo al reincorporarse pese a resultar herido, y cómo fue capaz de aprovechar sus tareas en el batallón de ingenieros para aprender la tecnología de producción y transporte de electricidad. A su regreso a Peñaparda, en 1925, no tardó en poner en marcha su proyecto.

La Guerra Civil en España

El golpe de Estado de 1936 pilló a Feliciano en Francia, a 1.700 kilómetros de distancia de su mujer y sus hijos, que se habían quedado en Peñaparda. La angustia de la falta de comunicación por la interrupción de los servicios de correo pasa a ocupar el primer plano narrativo. La guerra parece interminable, Feliciano regresa en 1938 y por poco le toca ir al frente. No tuvo la misma suerte su cuñado José, que había vuelto al pueblo de vacaciones desde Francia, en junio de 1936, con la intención presentar a su hija a la familia: hubo de enrolarse y participar en la contienda hasta el final.

Por su parte, Francisco, el hermano de Feliciano, había aprovechado la beca que este rechazó para hacer carrera militar, por lo que fue enviado como oficial al frente de Madrid. Herido de gravedad, fue hospitalizado en Guadarrama, desde donde se correspondió con una madrina de guerra, con la que se acaba casando en 1938, durante un permiso.

Las experiencias en el escenario bélico de estos tres hombres, bien diferentes, se narran en la obra con todo el interés necesario para comprender la dimensión humana de los acontecimientos históricos, pero a ellas hay que añadir las de las mujeres que lo vivieron en sus casas: la madre que busca por todos los medios comunicarse con sus hijos, la esposa desesperada por la falta de noticias y la lucha denodada de todas por la supervivencia en un pueblo sin

hombres. Los efectos de la represión del bando sublevado³² se nos muestran en el relato desde esa perspectiva femenina, colmada de angustia e impaciencia.

LAS LENGUAS Y LA CULTURA ESCRITA

Ya se han mencionado las dificultades de Feliciano para desenvolverse en el idioma de acogida en Francia. Podemos conjeturar que consiguió un dominio muy deficiente por las características de su trabajo, en cuadrillas de españoles e inmigrantes de otras nacionalidades. El uso del francés debía de limitarse a interactuar con la población local y, en su caso, con sus jefes en la empresa para la que trabajaba. Su hija, en cambio, experimentó un proceso de inmersión que la obligó a defenderse con la lengua hablada, aunque para la escritura sufriera la falta de escolarización. Ambos, junto a casi todos los peñapardinos que aparecen en la obra, aprendieron en la escuela algo del español normativo, la variedad esmerada en la que hubieron de escribir cuando lo necesitaron y en la que se esforzarían en hablar cuando lo necesitaran, pero en el uso cotidiano se servirían de la variedad regional de El Rebollar, incluso en su versión local, propia de Peñaparda, que es muy peculiar y ha sido bastante bien descrita y estudiada³³. Esta diversidad lingüística no se puede apreciar en el relato de Marie-José, ni en la edición francesa ni en la española, como se explica más adelante.

En cuanto a la cultura escrita, la obra ofrece testimonios muy valiosos sobre las dificultades que encontraron los campesinos castellanos de la primera mitad del siglo XX para aprender a leer y escribir y para hacer uso de la correspondencia epistolar, que en esa época era

³² La cruenta represión en Peñaparda ha sido estudiada intensamente por Ángel Iglesias, quien ha podido desmentir las falacias exculpatorias de los responsables y de los ejecutores. Según sus datos, los peñapardinos afectados por las diversas modalidades represivas reconocidas fueron al menos 46, entre los cuales figura algún emigrante regresado de Francia. Ángel Iglesias Ovejero, *La represión franquista en el sudoeste de Salamanca (1836-1948)*. Ciudad Rodrigo: Centro de Estudios Mirobrigenses, 2016.

³³ El autor de referencia es Ángel Iglesias Ovejero. Véanse sus monografías *El habla de El Rebollar: descripción*, Salamanca: Diputación Provincial, 1982, y *El habla de El Rebollar (Salamanca): léxico*. Salamanca: Centro de Cultura Tradicional, 1990.

el único medio del que disponían para comunicarse a larga distancia. Los peñapardinos del relato padecen sin excepción carencias en la escolarización durante tres generaciones: Sebastiana es completamente analfabeta, Feliciano consigue aprender los rudimentos merced al voluntarismo del maestro, y Marie-José interrumpe su formación por tener que trabajar. La primera utiliza a otras mujeres más jóvenes como secretarias para conocer el contenido de las cartas recibidas y escribir las respuestas, una función que su hija María ejerce para muchos otros, pues el analfabetismo no debía ser raro en Peñaparda. En cuanto a su nieta, que ha sido capaz de escribir esta excelente historia, sufrió la precariedad en la disposición de útiles y materiales para la escritura: “hubiera querido tener un cuaderno para anotar todo, pero el único que tenía era en la escuela y el profesor los daba a cuentagotas. A veces conseguía anotar algunas cosas en hojas sueltas que he logrado conservar hasta hoy”.

La correspondencia postal tiene un destacado papel en la trama narrativa. Para empezar, Sebastiana ayuda en tareas de limpieza en la casa del cartero, lo que le permite estar al tanto de las noticias aun sin saber leer. Por una carta incluida en el mismo sobre que unos vecinos enviaron a Argentina consiguió Josefa, la esposa de Feliciano, tener noticias de su hermano Emilio tras tres decenios de silencio. Por su parte, Francisco pudo hacer carrera en la Academia Militar gracias a una carta de recomendación que solicitó su hermano Feliciano, mientras que este se libró de participar en la Guerra Civil porque su esposa le escribió a Francia diciendo: “Sobre todo, no vuelvas a buscarnos. Con los niños me estoy apañando, espera un poco a ver si esto se calma”. Recordemos, finalmente, que Francisco había recibido en el hospital de Guadarrama de su madrina de guerra “cartas de amistad que pronto se convirtieron en castas de amor”.

Marie-José comienza a escribir su primera carta en el tren, antes de llegar a su destino en Francia. Desde allí, se escribe con regularidad con sus padres, quienes se despiden invariablemente con la fórmula “en cuanto a nosotros, todo está bien”. El intercambio de cartas fue fundamental también para llevar adelante el noviazgo con Julien. Y bastantes años más tarde, Marie-José recibe una del Presidente de la República Francesa, nada menos, que le invita personalmente a visitar el Elíseo. Los detalles de todas estas situaciones quedan bien explicados en la narración.

Muy interesante me parece asimismo la información ofrecida sobre cómo la familia de Feliciano se las arregló para comunicarse ante las dificultades del correo postal durante la Guerra Civil, aprovechando la cercanía del pueblo con la frontera con Portugal, desde donde se hacían pasar las cartas, con una comprensiva señora ejerciendo las funciones de cartero.

DEL TEXTO A LA PUBLICACIÓN

Editar un libro ya publicado tiene unas implicaciones muy diferentes de hacerlo a partir de un manuscrito, y más aún si no se cuenta con “un original” sino que el editor ha de construirlo con materiales textuales u orales, como ocurre con las historias de vida confeccionadas por sociólogos o antropólogos a partir de entrevistas en profundidad a sus informantes. En este caso, la labor de mediación entre los lectores y quien ha escrito la obra, a quien podemos considerar como autora a todos los efectos, debe ser mucho más modesta y comedida. En primer lugar, porque el original de la obra ya estaba listo para su edición en Francia, de manera que solo era necesaria la traducción para publicarla en español.

Dicen que no basta con publicar un libro para que el autor se considere escritor. Tal vez haya que esperar a que Marie-José se proponga escribir otro para que así sea. En cualquier caso, ella pertenece a la estirpe de mujeres y hombres que desde siempre tuvieron gusto por la escritura pero que, por circunstancias adversas en su trayectoria biográfica, no pudieron desarrollar esa vocación hasta muy tarde. Su abuela Sebastiana insistió mucho en que sus hijos aprendieran a leer y escribir, a pesar de que “en aquella época había muchas personas, incluso algún alcalde, que no sabían”. No obstante, ella consideraba importante que sus hijos estuviesen alfabetizados para salir del pueblo con alguna preparación, aunque solo fuera para el servicio militar. Como Feliciano empezó muy pronto a trabajar, hubo de seguir las clases vespertinas a la luz del candil, gracias al empeño de un maestro generoso. A su hija Marie-José, ya en la escuela para niñas del nacional-catolicismo, le enseñaron cálculo y a leer y escribir con la cartilla y una pizarra para los deberes, pero nada de geografía e historia, lo que siempre ha lamentado. En los pueblos de aquella época no había

edad mínima para trabajar, así que fueron pocos los años de escolarización. Tampoco le fue posible retomar los estudios después de emigrar a Francia, allí aprendió el idioma hablando con los niños que cuidaba, y por su cuenta, gracias a que trabajó para familias cultas, venció las dificultades para escribirlo, aunque sin conseguir dominar la endiablada ortografía francesa. Sintióse insegura para redactar correctamente tanto en español como en francés, no tuvo valor para prodigarse con la pluma. Por suerte había conservado, entre las páginas de sus libros juveniles, los papeles donde anotaba las historias que le contaba su abuela en Peñaparda y que han sido fundamentales para recordar con la mayor fidelidad y precisión. Llegó a comprar una grabadora para enhebrar los recuerdos en una narración oral, pero prefirió esforzarse con la escritura manual, dejándose ayudar en la mecanografía y la revisión por otras personas, sobre todo por su hija Marie Béatrice.

En poco tiempo, el texto estaba redactado en un francés correcto, cuidadosamente equilibrado en su estructura, con un título sugestivo y muy pocas ilustraciones³⁴. Marie-José solo conservaba dos fotos de su padre, una rodeado de sus compañeros de trabajo en Francia y otra la que hubo de hacerse para los documentos oficiales. Escogió ese retrato para la cubierta, y no fue mala opción porque vemos en su pobre atavío al hombre humilde, en su rostro el cansancio de una vida sin parar de trabajar, y en su mirada la bondad. Más que suficiente como imagen instantánea de una vida que se nos presenta como ejemplar.

Con la misma tenacidad que Feliciano imprimía a sus propósitos, Marie-José se empeñó en buscar editores para su obra, pues era necesario darla a conocer allá donde pudiera restituirse el reconocimiento debido a su padre, o sea, en Francia y en España. Tardó un poco en encontrar una firma francesa de nuevo cuño que garantizase un mínimo de difusión y venta por internet.

Las tentativas para sensibilizar a las administraciones de la provincia de Salamanca y de la Comunidad de Castilla y León no daban fruto, o rechazaban su propuesta o le daban largas, pero la autora no cejaba en su empeño. Indirectamente, el manuscrito llegó al Centro de Estudios de la Migración Castellana y Leonesa y se acogió favorable-

³⁴ En esta edición se han utilizado la mayor parte de las imágenes que la autora incluyó en el libro editado en Baudelaire y se han añadido algunas fotografías antiguas de dominio público.

mente la idea de publicarlo en español. Pero antes de nada había que traducirlo, pues la autora se decía incapaz de reescribirlo en su lengua materna, tal vez por su falta de dominio de la variedad culta del español, como se ha apuntado, o por efecto de la proverbial asimilación francesa.

La traducción y la edición

En cualquier caso, el deseo de la autora era que el libro estuviese escrito en la variedad culta del idioma, y si así fue con el francés debía serlo también con el español; probablemente la mayoría de los lectores agradecerán este gesto. Otros, espero que muy pocos, echarán de menos las peculiaridades dialectales de Peñaparda y posiblemente se extrañarán del uso de palabras ajenas al uso local. El proceso editorial de restituir el léxico autóctono no tenía mucho sentido en cuanto que no contamos con una fuente original y habríamos tenido que conformarnos con conjeturas obtenidas de atlas lingüísticos³⁵ y obras especializadas, añadiendo artificialidad a un texto que, por lo demás, no necesita de expresiones dialectales para representar la vida del pueblo.

En los criterios adoptados para la traducción he pretendido respetar la voluntad de la autora de seguir fielmente la versión original francesa. He de agradecer la generosa y cualificada participación del profesor José García Boër, de la Universitat de Girona, en la revisión de la traducción. No solo corrigió multitud de defectos en la versión que le presenté, sino que detectó algunos errores en el francés del original. Suyo es el mérito de la calidad lingüística alcanzada en el texto que ofrecemos. Siguiendo el criterio adoptado en otras publicaciones del Centro de Estudios de la Emigración Castellana y Leonesa, he incluido un número muy reducido de notas al pie al objeto de comentar o aclarar algunas expresiones. Una vez explicados los detalles de mi intervención, dejo paso al lector para que converse a solas con el texto.

³⁵ El *Atlas lingüístico de Castilla y León* (Manuel Alvar (dir.), Valladolid: Junta de Castilla y León, 1999) no incluye Peñaparda entre las localidades encuestadas, pero sí su vecina Navasfrías.